

Joaquín Herrera Flores:
«Derechos humanos, procesos de lucha y el arte
del mantenimiento de la motocicleta»

En una entrevista al poeta y escritor cordobés Antonio Gala, un periodista le preguntó si creía en la vida después de la muerte. Con su mirada irónica y de horizontes profundos, Gala le respondió con otra pregunta: «¿usted se acuerda de algo antes de nacer?». El periodista le contestó que no se acordaba de nada. «Pues cuando te mueras –sentenció el poeta– será exactamente igual. Si no tienes ningún recuerdo antes de nacer, lo mismo sucederá después de muerto».

Asimismo, el economista y filósofo alemán con espíritu costarricense, Franz Hinkelammert, como católico confeso, manifestó, medio en broma medio en serio, que los ateos le resultaban más simpáticos y le mostraban más confianza que los creyentes, porque al no creer en otro mundo y en otra vida después de la muerte, se preocupaban más en mimar, conservar y aprovechar este mundo y esta vida. Con esta reflexión Hinkelammert cuestionaba a quienes, en nombre de la religión, han ocasionado sacrificios humanos y genocidios, así como han legitimado sistemas de dominación y discriminación socio-económica y cultural. No es que se les exima a todos los ateos de actos similares, pero si uno piensa que sólo existe la vida presente que vivimos, lo más seguro es que ponga más empeño en protegerla y disfrutarla.

El día 2 de octubre de 2009, a los 53 años, dejaba de latir el corazón de Joaquín Herrera Flores, tras casi veinte días de resistencia en la UCI, después de una operación de vida o muerte. Ese trágico momento expresaba el fin de la lucha por vivir de una persona que todos los días demostró la importancia de amar, sentir, discernir, interpelar y transformar la realidad que, simultáneamente, nos viene dada y que construimos a cada instante. Al pensar en la muerte de quien fuera mi maestro y gran amigo, inmediatamente me vinieron a la cabeza estas dos anécdotas de Antonio Gala y Franz Hinkelammert, porque si había alguien que se aferrara a la vida y la viviera intensamente sabiendo que era la única posible que iba a poder disfrutar, ese era Joaquín Herrera. Siempre tuvo muy claro que todos nos convertiremos en polvo de estrellas y, por esta razón, las acciones que desarrolló y las ideas que elaboró tenían como referente la finitud de la contingencia humana, pero a partir de la infinitud de posibilidades que el ser humano genera a la hora de crear y recrear mundos.

Resulta embarazoso e incómodo traducir y expresar en palabras algunos rasgos de la personalidad y la obra de quien se reconocía más trianero que sevillano, sobre todo en estos momentos en los que, tal como él pensaba, no está ahora en ningún sitio oyéndonos, porque una vez muerto es igual que antes de nacido. Es cierto que están ahí sus palabras, sus ideas, sus trabajos, sus libros, sus escritos y la memoria de la experiencia y los encuentros que tuvimos quienes lo conocimos, pero él ya no nos habla ni nos escucha. Únicamente queda el débil consuelo de que podemos hablarnos y escucharnos, recreando y resignificando sus acciones e ideas, quienes queremos seguir manteniendo su legado.

Conocí personalmente a Joaquín Herrera el año 1989 como profesor responsable de la materia de Filosofía del Derecho en quinto curso de carrera del Plan Antiguo del 65 y 65 Reformado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla. También compartía docencia con quien en esas fechas era su amigo, Ramón Soriano Díaz, en la asignatura de Sociología del Derecho. Muchos años antes y de pequeño, lo veía jugar al baloncesto como alápívot en el Club Náutico de Sevilla con su larga cola en el pelo y su aire despistado. Fue en mi último año de licenciatura cuando me encontré en el aula con una persona desgarbada, larguirucha y con una nariz prominente que, años más tarde, se operaría. Con meliflua voz y seductora, nos explicaba que la realidad era como un iceberg: hay un tercio de su estructura que vemos en la superficie, pero también contiene dos tercios de zonas ocultas y ciegas que no visualizamos y que son necesarias descubrir. Además, entre otras cosas, nos hablaba de un concepto flexible y provisional de Filosofía del Derecho entendido como una reflexión crítica y generalizada que, partiendo de las ideas de democracia, derechos humanos y Estado de Derecho, se dedica, principalmente, al análisis y clarificación de los presupuestos conceptuales, metodológicos, ideológicos y axiológicos, tanto de las normas como de las ciencias jurídicas particulares; también precisaba que los derechos humanos eran aquellos bienes jurídicos dotados del mayor grado de contenido axiológico cuyo reconocimiento y puesta en práctica eran exigencias ineludibles para entender la naturaleza de nuestra civilización y, además, servían de medios para satisfacer las necesidades humanas. Sus lecciones magistrales y sus charlas las aderezaba con anécdotas e historias literarias (influido por Gyorgy Lukács y por el *Ulises* de James Joyce) y a través de narraciones imbuidas del espíritu oriental budista y de la filosofía Zen. En ellas, lo real y lo ficticio formaban una sorprendente, atractiva y renovada realidad.

En este periodo, Joaquín Herrera exponía en clase públicamente los avances desarrollados en su tesis doctoral *La fundamentación de los derechos humanos: Teoría de las necesidades y de los valores en la «Escuela de Budapest»*, defendida en 1986 y de la que salió su primer libro, *Los derechos humanos desde la Escuela de Budapest*, en la editorial Tecnos (1989). Por aquella época, bajo la dirección de Antonio Enrique Pérez Luño, retomó la línea emprendida por quien fuera su maestro de vincular las tesis de la ética discursiva de J. Habermas y la teoría de las necesidades y los valores desarrollada, principalmente, por Agnes Heller. Joaquín Herrera, en su manera de entender el Derecho y la Filosofía, se decantaba más por una línea materialista e inmanente y empezó a desplegar su pensamiento crítico cimentado sobre las fuentes de la Primera Escuela de Frankfurt, el pensamiento marxista y de Rosa de Luxemburgo combinado con los aportes transformadores y revolucionarios de Gyorgy Lukács, Mihaly Vajda, Feren Fehér y la misma Agnes

Heller, surgidos en el contexto del efímero levantamiento emancipador húngaro de la década de los cincuenta.

Fue durante los años 1992 y 1993, tras un viaje a Cuba, cuando empezó a sentir atracción por el mundo latinoamericano. Tras un crucial encuentro con Juan Marchena, profesor de Historia de América, y justo cuando éste fue director de la Sede Iberoamericana de La Rábida de la Universidad Internacional de Andalucía, Joaquín y yo comenzamos la andadura de organizar diversos cursos de verano y lo que fueron las cuatro ediciones del Programa de Maestría de Teorías Críticas del Derecho y la Democracia en Iberoamérica. El contacto con los miembros del movimiento *Direito Alternativo* brasileño (Amilton Bueno de Carvalho, Lédio Rosa de Andrade, Edmundo Lima de Arruda, Wilson Ramos Filho) y con diversos representantes de teorías críticas del Derecho (Carlos María Cárcova, Alicia Ruiz, Enrique María, Jesús Antonio de la Torre Rangel, Víctor M. Moncayo, entre otros) le permitió exponer su crítica al formalismo jurídico, apoyado en el concepto de poder constituyente de Toni Negri, y la necesidad de sacar a la luz y cuestionar los presupuestos teóricos e ideológicos no sólo del Derecho, sino del sistema de relación dominante establecido por el capitalismo para, de esta manera, poder iluminar y ayudar a quienes sufren sus efectos perversos a caminar y dar los pasos necesarios para la emancipación. También maduró la idea de entender los derechos humanos como procesos de apertura y consolidación de espacios de lucha por la dignidad humana, idea que discutíamos junto con Rafael Rodríguez Prieto durante las reuniones que celebrábamos en su casa alquilada de la avenida de la Cruz Roja.

Tras el periodo de La Rábida hasta 1998, vinieron los años en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. El Programa de Maestría en Teorías Críticas pasó a ser Programa de Doctorado de Derechos Humanos y Desarrollo (que codirigí durante cuatro ediciones) y todavía hoy permanece, pero ahora denominado Máster-Doctorado en Derechos Humanos, Interculturalidad y Desarrollo. Este programa lo mimó como si fuera su mayor tesoro, dada la oportunidad que ofrecía como un espacio de encuentro intercultural y de discusión comprometida y crítica entre estudiantes procedentes, principalmente, de América Latina y grandes especialistas (como Franz Hinkelammert, François Houtart, Helio Gallardo, Raúl Fonet Betancourt, Antonio Carlos Wolkmer, Salo de Carvalho, Boaventura de Sousa Santos, entre muchos otros) sobre temas tan variados como el Derecho, los derechos humanos, la globalización, los movimientos sociales, el diálogo intercultural, el derecho penal del enemigo, el galantismo jurídico, el concepto de desarrollo, el capitalismo, las relaciones internacionales, etc. Fueron años inolvidables e intensos, en los que la fraternidad, los encuentros en su casa y por los bares de Sevilla, hicieron crecer en lo personal y en lo intelectual a muchas personas. Ni el aneurisma que padeció en Brasil hace diez años ni la leucemia diagnosticada en su sangre años después, lograron detener su empeño en seguir dotando de sentido y de carácter a su realidad, interviniendo activamente en ella. Siempre reconoció la deuda que tenía con sus queridos amigos brasileños por salvarle la vida, pues decía que le dieron la oportunidad de nacer de nuevo. Todos esos años sirvieron para ir gestando su noción fronteriza de proceso cultural y la necesidad que vio en crear una asignatura transversal a la que llamó teoría de la cultura. Y desde la dimensión cultural empezó a entender los derechos humanos como medios que nos sirven para apropiarnos de las capacidades y las potencialidades humanas, y como formas de reacción ante entornos de relaciones.

Curiosamente, cuanto más enfermo estaba, más productivo fue. Entre los años 2003 y 2004 escribió *El proceso cultural: Materiales para la creatividad humana*, *De habitaciones propias y otros espacios negados. Una teoría crítica de las opresiones patriarcales*, y *Los derechos humanos como productos culturales. Crítica del humanismo abstracto*. Los tres libros salieron a la luz en 2005. Cuestionando la cultura patriarcal, el capitalismo y el trascendentalismo iusnaturalista existente en muchos discursos de los derechos humanos, para Joaquín Herrera resultaba crucial potenciar la indignación frente a las injusticias y las opresiones, contribuyendo a visibilizar las asimetrías de las relaciones económicas, culturales, étnicas, sexuales y políticas existentes. Asimismo apostaba para que toda la humanidad, desde sus entornos y contextos plurales, tuvieran, como sujetos activos, antagonistas y subversivos, el acceso igualitario y no jerarquizado a aquellos bienes que son necesarios y que son exigidos para poder desarrollar una vida digna de ser vivida y a partir del respeto de las diferencias. En estas ideas, el *conatus* spinoziano aparecía como motor impulsor de las acciones humanas y Joaquín profundizó en el diseño de lo que llamaría, en el año 2000, el diamante ético como método de interpretación compleja, espacio-temporal, contextual y relacional de los derechos humanos.

Sin caer en reduccionismos ni pecar de simplista, hay un libro escrito por Robert Pirsig, *Zen y el arte de mantenimiento de la motocicleta*, que condensa la forma de ser y de pensar de Joaquín Herrera Flores. Lo protegía como si fuera su referente y su fuente de inspiración. Cuando uno lo lee, percibe que el protagonista de la novela, Fedro, es Joaquín. Y se encuentra con una serie de conceptos, ideas y actitudes que quedaron reflejadas en la manera de pensar y de actuar de nuestro estimado iusfilósofo trianero. Por ejemplo, Fedro se lanza a la búsqueda de lo que llama *Calidad*, que se define como aquella cosa que existe y que, sin ella, el mundo no puede funcionar con normalidad. Un mundo sin poesía, sin arte, sin humor, sin chistes y sin risas, sin deportes, etc., no la posee. Sin ella, la racionalidad quedaría incólume y el mundo podría funcionar, pero todo sería insulso. Calidad es sinónimo de todo aquello que vale la pena y da sentido a la vida para seguir viviéndola. Además, en el libro se cuenta que la Calidad sólo puede hallarse entre el objeto y el sujeto. No es una cosa, es *un acontecimiento en el cual el sujeto adquiere conocimiento del objeto. Es el acontecimiento en el que se posibilita el conocimiento a la vez de sujetos y objetos*. Saber mantener y poner a punto una moto, para quien la ama y aprecia, pone calidad a su vida.

La parte más curiosa la encontramos cuando en el libro de Pirsig se asemeja la Calidad a un tren de mercancías. Se explica que el conocimiento clásico enseñado por la Iglesia de la Razón, propio de la racionalidad científica, serían los vagones y la máquina. El conocimiento romántico, propio de las artes, estaría en el borde del ataque de la locomotora. En cierta forma, Occidente cayó en el error de separar ambas formas de interpretar la realidad, pero hay que saber combinarlas. El auténtico tren de conocimiento no es ninguna entidad estática que aísla y separa, sino que va siempre a alguna parte por una vía llamada Calidad. La vía de la Calidad lleva al tren y sin el filo cortante de la experiencia propio de las artes, del conocimiento romántico y de la racionalidad estético-expresiva. Con ello, se obtiene una combinación en red entre modos diversos de conocer el mundo que acentúan la capacidad creativa humana y la posibilidad de expresar las múltiples formas

de ser sujeto. La Calidad que crea el mundo surge como relación entre el hombre y su experiencia. Es un participante en la creación de todas las cosas.

Joaquín era un amante del deporte, de la literatura, del cine, de la poesía y del humor, y su tren de mercancías poseía un empuje muy nítidamente orientado. Por eso siempre buscaba la Calidad en todas sus investigaciones y en todos sus encuentros con los demás. Lo hacía percibiendo que todo es presente y acontecimiento, que nada está en el pasado ni está en el futuro, sino que hay que hacerlo con un sentido del disfrute y del compromiso con el tiempo y el espacio en cada acción y en cada relación que esculpía. Durante muchos años se iba con la bicicleta a hacer caminos, sonreía potenciando el humor y construía mundos al leer o escribir literatura –un ejemplo de esta mirada se puede comprobar en su última obra, *O nome do Riso. Breve tratado sobre arte e dignidade*–. Cuando su corazón le impidió sobreesfuerzos, sustituyó la bici por su todo-terreno y su motocicleta, pero su tren nunca se detenía. De esta manera se permitía el lujo de añadir más movimiento a su vida y descubrir la Calidad del mundo.

Gracias a la lectura de *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*, descubrí de dónde «Fedro» Herrera Flores sacaba la idea de que era mejor viajar que llegar. Y que vivir tan sólo para una cierta meta futura es poco profundo. Son los flancos de la montaña y el espíritu del valle los que sustentan la vida, no la cumbre; o que hay instantes en la vida que es mejor acudir a las verdades colaterales, que son aquellas que se ven con el rabillo del ojo. Con ellas, se expande el conocimiento por los costados, no linealmente. También aprendí mejor por qué no hay que confundir la teoría o las declaraciones verbales acerca de la realidad con la propia realidad, ya que por ellas se hacen guerras y se mata. Finalmente, percibí la importancia de las respuestas «Mu» propias de la cultura Zen y que quiebran la simplicidad de aquellas posiciones maniqueas y que dualizan la interpretación del mundo, fragmentándolo, amputándolo y jerarquizándolo. «Mu» es una respuesta que no quiere decir ni sí ni no, sino «ninguna respuesta», porque manifiesta que el contexto de la pregunta es tal que la respuesta a base de sí o no es errónea. Es decir, las respuestas «mu» son apropiadas cuando el contexto de la pregunta se hace demasiado pequeño para la verdad de la respuesta. Para Joaquín, el pensamiento liberal, el formalismo, el iusnaturalismo y la cultura cocida y nacida dentro del capitalismo en su versión dominadora tienen que ser cuestionados por medio de respuestas «mu», ya que se necesita siempre ampliar los contextos de quienes preguntan, de lo que se pregunta, del procedimiento que se utiliza para preguntar y para responder, y de las intenciones con la que se hace la pregunta. «Mu» dice que la respuesta está más allá de la hipótesis y, como el iceberg, hay que ir más allá de las apariencias o de las zonas iluminadas y que son naturalizadas sin cuestionamiento alguno.

La pérdida de Joaquín ha supuesto un vacío muy grande para muchas personas. Pese a mis desencuentros con él en los últimos años, sigo buscando su sonrisa, su genio, sus ideas, sus intuiciones y su manera de generar Calidad y las re-significo para proyectarlo sobre mi horizonte de sentido. Para quienes alguna vez lo apreciaron, cuando escuchen alguna vez una canción flamenca, espero que piensen que Joaquín está tocando la caja de música con un ritmo que va más allá que el marcado por un tren de mercancías.

En Sevilla, febrero de 2010

LIBROS DE JOAQUÍN HERRERA FLORES PUBLICADOS:

- HERRERA FLORES, Joaquín. *Los derechos humanos desde la Escuela de Budapest*. Madrid, Tecnos, 1989.
- *El proceso cultural: Materiales para la creatividad humana*. Sevilla, Aconcagua, 2005.
 - *De habitaciones propias y otros espacios negados. Una teoría crítica de las opresiones patriarcales*. Cuadernos Deusto de Derechos Humanos, núm. 33. Bilbao, Universidad de Deusto, 2005.
 - *Los derechos humanos como productos culturales*. Crítica del humanismo abstracto. Madrid, Libros de la Catarata, 2005.
 - *O nome do Riso. Breve tratado sobre arte e dignidade*. Traducción Nilo Kaway. Porto Alegre, movimiento; Florianópolis, CESUSC; Florianópolis, Bernúncia, 2007 (la versión en castellano está en trámite de publicación).
 - *La reinención de los derechos humanos*. Ed. Atrapasueños, 2008 (traducido al portugués y publicado en la editorial Lumen Juris, Río de Janeiro).

David SÁNCHEZ RUBIO
Universidad de Sevilla